

trofeo



NUMERO 168 - AÑO XV - MAYO 1984 - 250 PTAS.

Y DEL UROGALLO...¿QUE?

**20 páginas dedicadas a
nuestro espléndido pájaro**

**La elección del
primer rifle**

**Como evitar que
nos roben las armas**

**Pequeñas historias
del tiro de pichón**

ESPLENDIDO UROGALLO

Vicente ENA

Una década ha transcurrido desde hiciera el primer estudio responsable del urogallo. Nos referimos al trabajo de Castroviejo, publicado en 1975. Este señala la crítica situación que atraviesa el urogallo cantábrico, hasta el punto de inminente extinción dentro de las especies amenazadas de extinción.

Con la esperanza de que con el esfuerzo de los cazadores, al menos, de las autoridades competentes, se interese en esta tetraoide, los científicos que se dedican a este tema, aseguran el futuro de la especie.

Otras tantas veces, los ruegos se pierden en el vacío y la caza, único recurso posible, se encuentra en algunos puntos, no perdida. Ante, desde la fecha,

hacia la especie ha sido total. Sólo algunas voces lanzaban a los cuatro vientos una precaria situación, se optó por la caza, allá por 1979. Después... casi nada.

Por lo tanto, es nuestra intención aportar nuevos datos sobre su vida cotidiana, la que día a día se desarrolla en las ariscas peñas o el umbrío

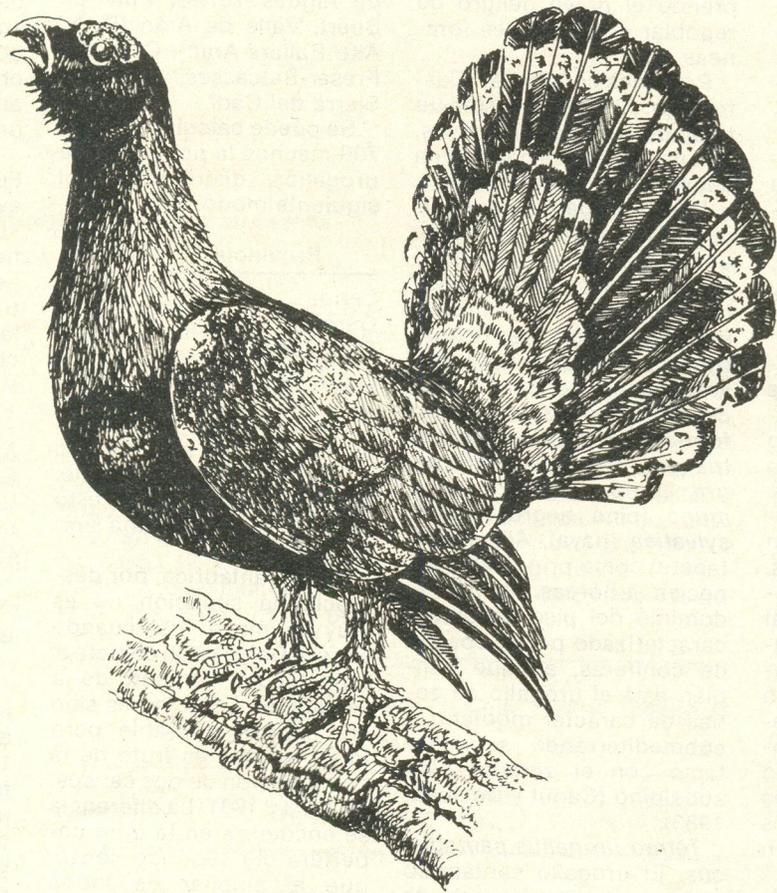
bosque, ante un sol primaveral y cálido o las gélidas ventiscas invernales. De este modo, esperamos que el urogallo aparezca ante los lectores tal como es, un ave espléndida que ha de sobrevivir en un medio no siempre hospitalario.

No es posible intervenir sin conocer, del

mismo modo que no se ama lo ignoto, ya que la atracción del misterio no tiene ninguna relación con un sentimiento firme y noble. Sólo cuando descifremos el valor real del urogallo, su crítica situación, sus aspectos biológicos y ecológicos, estaremos en condiciones de sopesar las normas de actuación, la gestión de la especie, siempre dirigido hacia su conservación primero, disfrute y explotación después.

Desde aquí, queremos aportar parte de cuatro años de estudio

sobre esta especie, a fin de hacer extensivo nuestro conocimiento del ave a toda una colectividad de vocaciones distintas, científicos, cazadores y conservacionistas, ya que sólo aunando esfuerzos y opiniones conseguiremos mantener y aumentar el status del *Tetrao urogallus*, vulgo urogallo o «faisán».





MIL TRESCIENTOS GALLOS A TODO CONTAR

EL urogallo es una especie de amplia distribución geográfica, estando presente, con mayor o menor fortuna, en Alemania, Austria, Yugoslavia, Hungría, Albania, Bulgaria, Grecia, Rumania, Checoslovaquia, Polonia, Noruega, Suecia, Finlandia, URSS, Mongolia, USA, Canadá, Suiza, Andorra, Francia y, por supuesto, en la Península Ibérica.

En virtud de ello, las poblaciones están sometidas a factores ecológicos diversos, y como resultado de sus presiones en grado variable, se van desgranando toda una serie de subespecies, razas y variedades.

Es la acción de la selección natural, haciendo que las especies se adapten finalmente a su hábitat, como suave guante de gamuza a la delicada mano femenina. Por ello el clima, la alimentación, topografía y vegetación marcan diferencias locales, unas veces sutiles, otras llamativas. De esta forma, al compenetrarse las poblaciones locales con su peculiar medio, el paso del tiempo va tallando las desigualdades de modo indeleble, consiguiéndose en un momento dado que las disimilitudes proporcionen a los zoólogos una base para la formación de subespecies.

Si a todo lo expuesto añadimos el aislamiento geográfico de algunas poblaciones, y por tanto la ausencia de aporte genético desde el exterior, es fácil comprender que existan diferencias fenotípicas (color, tamaño, peso, etcétera) entre los urogallos cantábricos y rusos, o los escoceses y los noruegos. Aún con todo, si mezclásemos

individuos de varias poblaciones, obtendríamos una descendencia que portaría caracteres de sus progenitores, lo que poco a poco iría diluyendo los rasgos diferenciales y homogeneizando la población. De aquí se desprende el grave peligro de repoblar con especies foráneas.

Podemos considerar (Castroviejo, 1975) que existen un total de siete subespecies, dos de las cuales habitan en nuestro país. Estas son:

Tetrao urogallus aquitanicus. El urogallo pirenaico ocupa el macizo montañoso de los Pirineos, tanto la vertiente española como la francesa. Aquí se desaparece por bosques navarros, aragoneses, leridanos, oscenses y gerundenses, conformados por *Pinus sylvestris* (pino silvestre), *Pinus nigra* (pino negral), *Pinus mugo* (pino negro), *Fagus sylvatica* (haya), *Abies alba* (abeto) como principales especies arbóreas. Vemos el dominio del piso subalpino caracterizado por el bosque de coníferas, aunque también está el urogallo en zonas de carácter montano o submediterráneo sin contacto con el anterior piso subalpino (Canut y De Juan, 1983).

Tetrao urogallus cantabricus. El urogallo cantábrico aparece aislado del resto de las poblaciones, ocupando principalmente los montes cantábricos de Asturias y León, y con una representación discreta en las provincias de Santander, Palencia y Lugo. La vegetación arbórea predominante está formada por *Fagus sylvatica* (haya), *Betula pendula* (abedul), robles como *Quercus robur*

(carballo), *Quercus pyrenaica* (marojo) y *Pinus sylvestris* (pino silvestre).

Dentro de los Pirineos (Canut y col., 1983), el urogallo ocupa un área bastante extensa, desde el prepirineo de Lérida, Parque Nacional de Aigües Tortes, Pont de Suert, Valle de Arán (R. N. Alto Pallars-Arán), Cerdaña, Freser-Setcasses, hasta la Sierra del Cadí.

Se puede calcular en unos 700 machos la población de urogallos, distribuidos del siguiente modo:

Provincia	Machos
Lérida	650
Gerona	31
Barcelona	11
Total	692

Como vemos, es Lérida quien acoge en sus bosques el núcleo más importante, pudiendo decir que el resto de las áreas tienen una simple presencia.

En la Cantábrica, por desgracia, la situación no es muy optimista. Aún cuando García-Dory (1982) comete el espectacular aumento de la especie en León, no es sino una ilusión deseable pero irreal, ya que es fruto de la comparación de dos censos, en 1973 y 1981. La diferencia se encuentra en la gran cobertura del segundo censo, que al ampliar de forma geométrica el área prospectada da como resultado la aparición de nuevos cantaderos.

El urogallo cantábrico

El urogallo cantábrico presenta salpicada su población sobre áreas un tanto

distantes y aisladas, con el núcleo central astur-leonés en los compartidos montes del macizo occidental de los Picos de Europa. En Asturias, los gallos se desgranar por Amieva, Ponga, Piloña, Reres, Somiedo, Degaña, Ibias, etc., para ir sumando casi 300 machos cantaderos. Mientras, en León, ocupan puntos concretos de las cuencas del Porma, Curoño, Torío, las R. N. de Riaño y Mampodre, los Ancares leoneses, Montes de León y cuenca del Sil, para arañar 250 ejemplares del total.

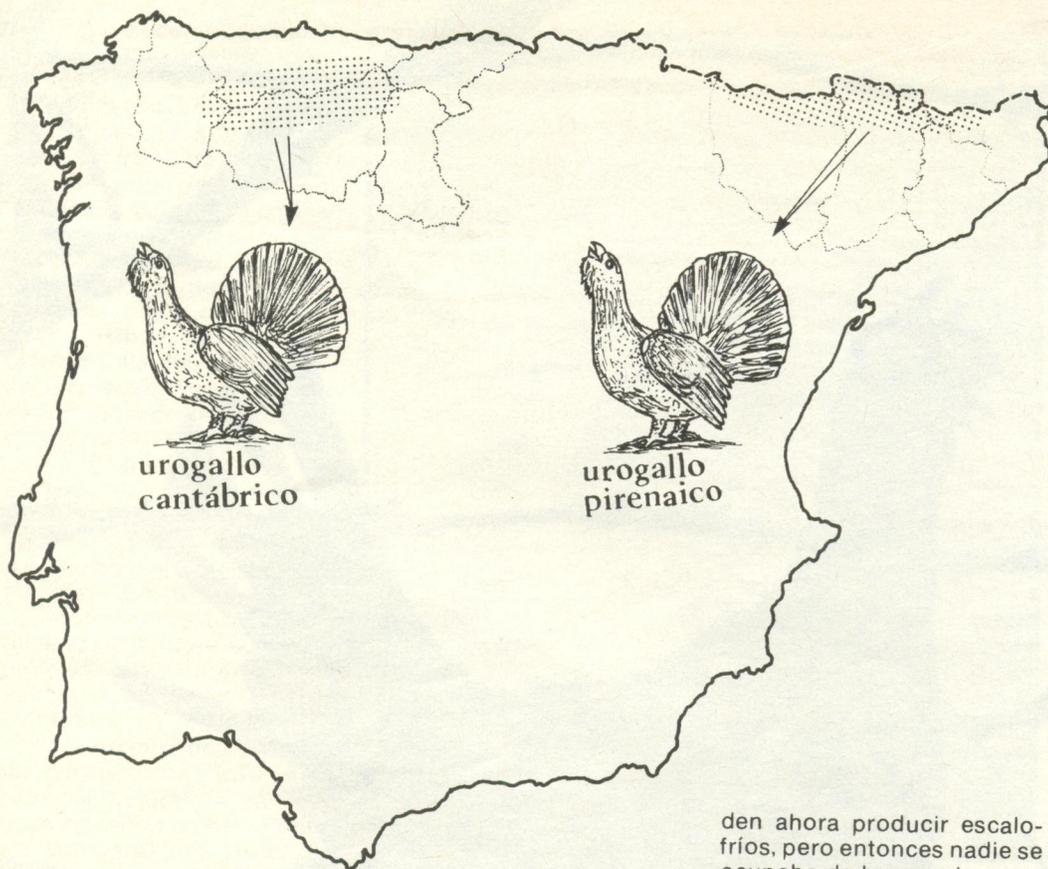
Los montes santanderinos, prospectados desde el mismo corazón de Potes hasta cerca de Reinosa, y detalladamente visitados en la R. N. de Saja, sólo pueden aportar una estima de 23 machos. La misma cifra se obtiene de los Ancares de Lugo, antaño considerados (en su conjunto) como la patria chica del gallo cantábrico, y ahora meros exponentes de una especie en regresión.

Palencia, en su R. N. de Fuentes Carrionas, lucha por evitar desaparecer del mapa «urogallero», si bien mantiene una batalla que parece perdida de antemano, al contribuir al total numérico con la ridícula cifra de tres machos.

	Machos
Asturias	291
Cantabria	23
León	250
Lugo	22
Palencia	3
Total	589

(Del Campo y García-Gaona, 1983.)

Compare el lector los totales de ambas áreas y obtendrá una cifra máxima de 1.300 ejemplares. El número, frío, puede inducir al optimismo, y así debería ser, ya que hace cinco años que la especie está vedada. Sin embargo, y precisamente por ello, su número tendría que ir en aumento año tras año de forma notable. Realmente la situación se puede considerar como de estancamiento poblacional. ¿Qué significa? Poco a poco lo iremos viendo a lo largo de estas páginas, pues son muchos y variados los peligros que amenazan al «faisán».



Distribución de las dos especies de urogallo en España.

Datos de la subespecie

A partir de este momento nos ceñiremos a los ejemplares de la cordillera cantábrica, ya que es en ellos donde hemos invertido el tiempo de nuestra investigación. Ciertamente es que muchas de sus peculiaridades son extensibles no sólo al pirenaico, sino a gran número de poblaciones centroeuropeas. Pero también podemos afirmar que otro gran número de pequeños detalles distinguen a unos de otros, configurados por su propio ambiente. Pueden generalizarse algunas de las conclusiones a cualquier especie, mientras que otras serán asimiladas con grandes reservas.

No son recientes las noticias de su existencia en los montes cantábricos. Todavía quedan muchos cazadores locales, antaño situados alternativamente a uno u otro lado de la línea definida por la Ley de Caza, ahora guardianes entusiastas de las más agrestes y bellas zonas

montanas. Entonces dedicaban las noches de las primaveras a escrudiñar el bosque, poniendo a prueba sus excepcionales condiciones físicas, con luna llena u oscuridad de «boca de lobo», amanecidas rasas o tormentas desatadas. Así, poco a poco, iban sumando urogallos a su nunca escrito diario de caza, alcanzando cifras de 50, 80 ó 90 machos en un solo año. Estos datos pue-

den ahora producir escalofríos, pero entonces nadie se ocupaba de la especie, y estaba ahí, como suministro cárnico de la familia o aporte en metálico cuando algún extraño deseaba conservar naturalizado tan bello ejemplar.

En 1967, Castroviejo establece que el urogallo cantábrico conforma una subespecie distinta a la del Pirineo, basándose para ello en las observaciones realizadas sobre 137 machos adultos y 15 jóvenes, dando un peso medio de 3.373 gr., frente a los 3.215 gr. de su homónimo. Los datos medios serían:

	Longitud pico (mm.)	Ala (mm.)	Cola (mm.)	Tarso (mm.)	Longitud (mm.)
Pirenaico ...	48,6	365,7	304,8	64,8	365,7
Cantábrico ..	46,1	365,7	294,1	70,2	-

Por supuesto que tales cifras van acompañadas de explicaciones sobre diferencias de coloración del plumaje en ambas poblaciones, y así, a partir de esta fecha, en España tendríamos dos subespecies (*cantabricus* y *aquitanicus*). Sin embargo, con posterioridad, Koenig (1978) no contempla esta separación y deja a los uroga-

llos ibéricos dentro del apellido «aquitanicus».

Cuando en 1973 se realiza un censo en la Cantábrica (Castroviejo y col., 1973) se obtiene un máximo de 403 machos, donde los asturianos se llevan la palma (290 ejemplares).

Realmente podríamos catalogar de «pellizcos» lo ocurrido a partir de estos

momentos, ya que sólo se realizaron observaciones esporádicas, sin una visión general del problema. Es quizá la representación de cómo se «arreglan» algunas cosas en nuestra sufrida piel de toro, donde si las palabras tuvieran algún peso real, necesitaríamos de enormes cimientos para evitar algún derrumbe.

Hemos de esperar a 1981-82 para conocer de nuevo la situación del urogallo, merced a un nuevo censo general sufragado por ICONA y confeccionado con el esfuerzo de muchos participantes.

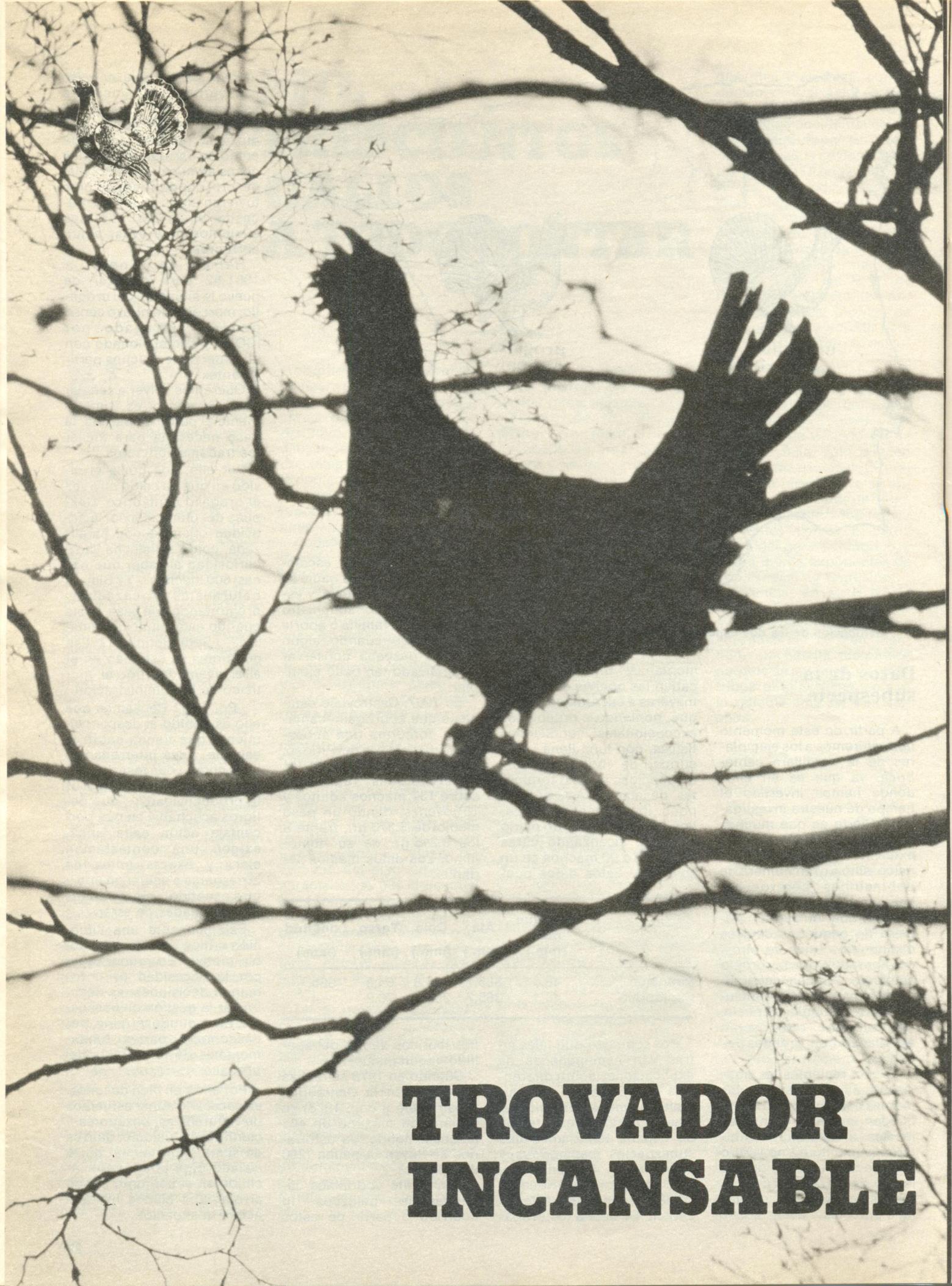
Queremos volver a señalar que un censo es simplemente el punto de partida, la base necesaria para iniciar los trabajos concretos.

Por ello, nos duele el olvido en que ha caído otra vez el urogallo cantábrico. Después del último censo, la actividad oficial queda paralizada, como satisfecha ya su curiosidad al saber que hay casi 600 machos. ¿Y? Siguen naturalistas y cazadores preguntando qué pasa, hasta cuándo esta situación ¿finaliza? ¿Será definitiva? Las preguntas se esfuman en el aire, aventadas por el mutismo de la Administración.

¿Por qué? Pensamos que ello es debido al desconocimiento que tienen sobre la especie, pues interrogantes tales como ¿qué tasa de mortalidad anual tiene?, ¿cuál es la productividad?, ¿qué peligros acechan y en qué porcentaje actúa cada uno?, exigen una contestación clara y exacta antes de arriesgarse a actuar en uno u otro sentido, sin grandes probabilidades de errar.

Estamos ante una situación crítica y ello por un doble motivo. En primer lugar por la necesidad de ir tomando decisiones, es decir, iniciar la gestión de la especie. En segundo término, por desconocer partes fundamentales de la biología del urogallo.

Por ello y en bien de todos, es necesario aunar esfuerzos de naturalistas, cazadores y científicos. Cualquier dato es de suma importancia; quizá aislado diga poco, pero incluido en el conjunto puede arrojar una blanca luz que aclare la situación.



**TROVADOR
INCANSABLE**

Si podemos calificar de fantasma, sombra huidiza, ilusión vana o espíritu etéreo del bosque al gallo durante las tres cuartas partes del año, todo lo contrario ocurre en primavera. Ya a primeros de marzo puede apuntar sus tímidos cánticos de amanecer, pero es en abril, mayo y aún en junio, cuando su timidez se trastoca en gallardía, su silencio en estruendo, su recato en descarado lucimiento de sus encantos.

Ahora, en el cantadero, se produce la reunión de los machos circundantes, paladines de la algarabía, contendientes que no dudan en llegar al «cuerpo a cuerpo», nobles en los combates pero dispuestos a morir, si es necesario, defendiendo la «arena» (traducción del alemán Lek).

Nos encontramos ante el majestuoso encanto del celo. La Naturaleza ha volcado su sabiduría para crear un escenario único, imponente y solemne donde el gallo, primer actor, representa



Detalle de la cabeza de un urogallo. Advértase la característica postura que denota amenaza.

en dos funciones diarias (mañana y tarde) uno de esos espectáculos que hacen erizar el pelo, acelerar el pulso y conformar una droga que, a partir de ahora, será vital renovar cada primavera.

Pueden pensar que estamos exagerando, dejando que la imaginación cree sueños fantásticos a partir de cotidianas realidades. No lo crean; simplemente, y de veras lo sentimos, no han podido degustar uno de los más fuertes sabores del solitario bosque.

¿Por qué este despliegue de vigor y belleza? Partiendo de que el urogallo es polígamo (un macho puede aparearse con varias hembras), aunque también se apunta la posibilidad de una poliandria (una hembra puede ser cubierta por varios machos), podremos acceder a la explicación. Nosotros nos quedamos con el primer supuesto, ya que encaja en el contexto de la obra que se va a representar.

Son las hembras, cautas, conscientes de que el esfuerzo reproductor corre a

La rueda de las estaciones

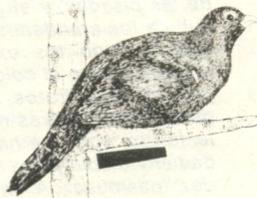
Un medio cambiante como el bosque templado, con grandes y persistentes nevadas en invierno y aun en primavera, sol abrasador en verano y otoño bonancible, han de confeccionar soluciones distintas para los habitantes de estos lugares. Así ocurre con nuestro protagonista; podría pensarse que por su tamaño, rusticidad y envidiable plumaje, es capaz de pasar impávido estación tras estación, año tras año, con la única finalidad de enamorar a las hembras a su debido tiempo.

Antes de comentar cómo desarrolla su vida a lo largo del año, es necesario evitar más demoras acerca de las hembras. El lector se preguntará por qué siempre hacemos referencia a los machos, mientras que sus compañeras parecen no existir. Precisamente por eso,

por que son los verdaderos e invisibles fantasmas del bosque. ¿Qué hacen?, ¿cómo viven? Reconocemos que aún después de cuatro años de abrir sendas por el monte seguimos como al principio. Sí, un día vemos una aquí, otro día sale volando del haya, y aún otro arranca estrépitosamente a tan sólo dos o tres metros. El resto casi lo desconocemos y ni siquiera lo imaginamos.

Durante el celo, en el cantadero, hay unos días claves en que las hembras se dejan oír, lanzando al aire un potente cloqueo que excita a los machos. En una «arena» con diez o doce gallos pueden concurrir de tres a cuatro hembras, mientras que ante el gallo solitario, aislado y perdido en un rincón del bosque, pueden acudir dos o tres.

¿Cuántas hembras hay? En esta respuesta radica el futuro del urogallo. Son ellas quienes han de responder a tanta incógnita. Este problema no nos ocurre sólo a nosotros; en toda Europa, los investigadores tratan, con



Otra postura peculiar. Durante una ventisca el tronco del árbol actúa como parapeto.

escaso éxito, de atisbar en la vida de las damiselas.

A lo largo del año, sólo las hembras aparecen ocasionalmente en compañía de los machos, y en una proporción cercana al 10:1. Durante el celo, si sumamos unos cantaderos con otros, y suponemos que las hembras de uno no visitan otro cercano, el sex-ratio es de 6:1. Si esto fuera así, y puesto que las hembras tienen toda la responsabilidad de aumentar la po-

blación (no olvidemos que es una especie polígama), en sus manos descansa el futuro de la especie. Aquí es donde hay que volcar los esfuerzos; cada nuevo dato posee un valor incalculable.

Por eso nos referimos con abrumadora reiteración a los machos, al haber confesado nuestra ignorancia sobre las hembras. Lo cierto es que parecen funcionar de un modo totalmente separado, y es posible que tengan unas costumbres aún más recatadas y diferentes que las mostradas por los gallos.

El urogallo, el macho, es un ser tímido y huidizo, que siempre trata de pasar inadvertido, a excepción de su protagonismo primaveral. Por ello y en virtud del paso del año, son cuatro los regímenes de vida que realiza, acorde con las estaciones.

VERANO. Finalizada la época de celo donde el desgaste energético ha sido tremendo, el gallo acude a refugiarse en las zonas más umbrías del bosque, cerca de los arro-



El canto del urogallo se compone de unas fases rítmicas y encadenadas que desgrana el animal como las cuentas de un rosario

su cargo, las que van a elegir al macho más idóneo para que sea quien aporte su material genético a la descendencia; por otra parte, el macho no llegará a conocer a los pollitos, ya que de su seguridad y cuidados se encargará la solícita madre.

Precisamente por eso, por ser el «macho objeto» en esta función, acude pronto al cantadero (primeros de marzo) para conseguir un lugar idóneo donde hacerse visible y promocionar su «sex-appel». También por ello, está obligado a destacar sobre el resto de los rivales, y, por ende, defender un territorio lo bastante bueno como para atraer a una o varias hembras.

Las hembras no aparecen

hasta finales de abril o primeros de mayo, pero en ese lapso de tiempo, cada macho trata de impresionar a su vecino, demostrar que él es el perfecto caballero.

Cuando aparecen las damas, hacen notar su presencia por medio de un cloqueo casi ininterrumpido. Ahora, todos los miembros del sexo opuesto potencian al máximo su actividad; cantan sin cesar, dan saltos espectaculares, a la par que tremendos aletazos que restallan en el silencio del bosque.

Por fin, después de unos días de tanta agitación, unos pocos machos acaparan las hembras, a las que seguramente crearán haber «conquistado», cuando no saben que han sido las víctimas, se-

leccionados después de una paciente y calculada espera.

A partir de ahora, ¿vuelve la calma al cantadero? No, aún quedan varias semanas de actividad. Sobre todo, los machos que han quedado sin pareja, siguen empeñados en sus manifestaciones de celo, esperando que alguna rezagada aparezca ante sus ojos, o bien para recibir a las primitivas visitantes si éstas han perdido la nidada. Esto quiere decir que las puestas de reposición no deben de ser infrecuentes. Es la última oportunidad para las que han tenido mala suerte, y los huevos amorosamente incubados, han pasado por las fauces de algún jabalí, zorro, gato montés o erizo.

Lógicamente, las escenas anteriores siguen un bien elaborado guión, donde cada movimiento resulta perfecto, coordinado por ese gran director que es la Naturaleza. Veamos ahora los entresijos de cada cuadro.

La copla de cada uno

El canto conforma un sonido tan peculiar que es irrepetible. Podemos considerar que tiene dos componentes.

Una parte corresponde a la frecuencia de los infrasonidos, y por ello no es audible para nosotros. Sirve de señal para el contacto entre los machos, ya que puede transmitirse a distancias relativamente grandes. Su propagación se ve favorecida por la humedad del aire, frecuente en las amanecidas de esta época, donde la niebla hace acto de presencia para desdibujar las siluetas y crear el paisaje irreal del mundo de los líquenes.

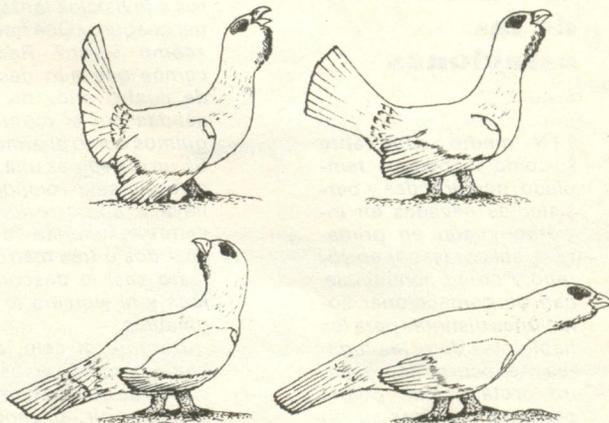
La otra parte, que podemos oír a una distancia no

yos de agua cristalina que mantienen una jugosa y verde vegetación. Ahora comienza la muda, siendo el lugar más seguro la densa maraña del sotobosque. En estos momentos es muy difícil de localizar; está atento a cualquier peligro y se amaga en cualquier mata o huye rápido y silencioso entre los árboles, como una verdadera sombra.

Aunque parezca increíble, un espléndido macho, simplemente con permanecer inmóvil a la sombra de un haya, se hace invisible, su silueta se diluye en el ambiente, aunque esté a tan sólo una veintena de metros.

OTOÑO. Ya tienen los individuos su plumaje renovado, perfecto, sin mácula alguna, y ahora los días son soleados pero más frescos, muy agradables para recorrer el bosque. El hayedo se tiñe de múltiples tonos, como una bella y grandiosa policromía; los verdes, marrones, amarillos y ocres se combinan con los rayos solares para dar reflejos de inigualadas pin-

las. Sin duda es la época más bonita en la montaña. El bosque, húmedo en el suelo apaga los rumores de las pisadas, y el gallo sube a los arándanos. En este período los excrementos toman el color típico de los frutos, que pasa horas y horas recolectando, con una habilidad envidiable y una rapidez pasmosa. A media mañana, lo mismo que en la primavera, el gallo suele echar una cabezadita al tibio sol, apoyado en el tronco de un haya o subido a uno de esos caídos y grandes árboles cubiertos de musgo. Desde aquí, iniciar el vuelo es una fracción de segundo, ya que cuenta con el propio impulso de la altura del tronco. Después, nuevamente la actividad, comiendo a un ritmo acelerado para conseguir las reservas suficientes que le permitan enfrentarse con éxito al duro invierno. Al caer la noche se recoge sobre la rama horizontal de un árbol, permaneciendo inmóvil, como un gigantesco líquen, hasta que nuevamente surge



Cambio de aspecto en el urogallo desde la fase de canto a la huida.

el sol en el horizonte.

En este período, cuando los días son soleados y la comida abundante, algunos gallos entran en el denominado «falso celo», es decir, actividad de canto y saltos al amanecer y anochecer. No guarda ninguna relación con el proceso reproductor, pues no aparecen hembras y aun cuando éstas coincidan

con los gallos, nunca se ha observado la cópula. Este falso celo se produce irregularmente, tanto por la discontinuidad de los días como por el propio lugar, pues no suelen utilizar los cantaderos.

INVIERNO. Es desde luego la estación más desfavorable para la actividad vital. Las bajas temperaturas (10 y 12 grados bajo cero) y la espesa

superior a los doscientos metros, contrasta en su debilidad con el tamaño del ave, y posiblemente sea una de las causas de que aún queden urogallos escapados de los furtivos. Este canto dispone de unas fases características, rítmicas y encadenadas, que reciben calificativos concretos.

La estrofa, exponente típica del canto, se desgrana como cuentas de un rosario en cinco misterios. Estudiamos cada uno de ellos, para lo cual seguimos la termino-

logía de Castroviejo (1975):

TAK. Aun cuando el citado autor los transcribe como «tacs», nosotros preferimos la forma primera por ajustarse más, fonéticamente, al sonido producido. Se asemeja mucho al golpe duro de dos palos secos que entrechocaran, y marca siempre el inicio de la actividad canora. Un macho, antes de pasar al siguiente sonido, puede estar durante largos períodos de tiempo emitiendo estos «taks».

REDOBLE. Así denomi-

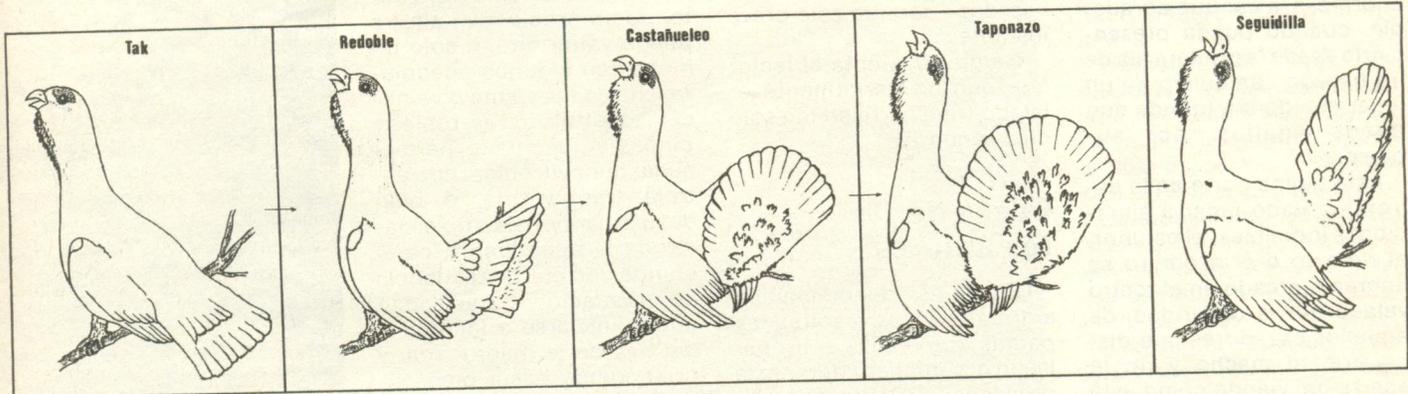
nado por simular el rebote de los palos que produjeron el «tak». Es la misma nota, pero más breve («tak-k»). Aun cuando en el esquema aparece en segundo lugar, es muy frecuente que se alterne con el sonido sencillo, indicando un estado de ánimo poco activo, como una preparación a los pasos siguientes.

También se produce el doble mientras el gallo vigila con atención su entorno, producto de la desconfianza o alarma y momento de tensa

angustia para el observador, ya que puede ser el preludio de abandono del lugar merced a un rápido y potente vuelo.

CASTAÑUELEO. Consiste en una aceleración progresiva de los «taks», donde el ritmo, primero pausado, aumenta sus pulsaciones en cascada, señalando la excitación del individuo. Es muy poco frecuente que el gallo se detenga en esta fase, desembocando casi irremediablemente en el taponazo.

TAPONAZO. Sin duda es el



Secuencia de una estrofa completa en el árbol y su interpretación según el sonido que se escucha.

capa de nieve (2 ó más metros) hacen del bosque un lugar fantasmagórico, donde sus criaturas han de poner de manifiesto las capacidades de supervivencia.

En estos momentos, el urogallo presenta unos comportamientos poco conocidos en muchos casos, inéditos hasta ahora en otros.

Tres son los graves problemas de la época invernal: ventiscas y la propia altura de nieve, bajas temperaturas y alimentación. Pues bien, nuestro gallo tiene solución para todo ello, y de un modo realmente asombroso.

Para el primer evento, si la nevada va acompañada de fuertes vientos, los machos «aguantan» en el árbol impertérritos, poniendo de parapeto al tronco y adoptando una postura característica. En ocasiones, y sólo mientras dura la ventisca pueden acudir a los acebos, refugiándose en su tupido follaje y comiendo algunas de sus coriáceas hojas mientras esperan que cese la tormenta. Aún les

queda otra tercera posibilidad, al igual que los de Siberia y Groenlandia, pero con su variante «cantábrica», aprovechando los huecos que deja la propia nieve al cubrir el sotobosque, a modo de cuevas, que les aísla como un iglú del rigor climático. Estos refugios naturales han de tener un par de aberturas y un campo visual amplio, para evitar la inesperada visita de algún predador. Hemos de señalar que de tales habitáculos sólo se ha comprobado su utilización durante el día.

La capa de nieve no parece afectar lo más mínimo a esta especie. Gallos y gallinas poseen anchos dedos que, unido a las escamas pestinadas dispuestas perpendicularmente al eje del dedo, proporcionan una inmejorable «raqueta», de forma que apenas su robusto cuerpo se hunde unos milímetros en la nieve. Por esto, es un andarín infatigable del bosque en los días soleados, dando largos paseos que trazan sinuosas líneas de

árbol a árbol, o rectilíneas pistas cuando atraviesa terrenos abiertos.

La lucha contra el gélido ambiente se realiza permaneciendo en la parte alta del bosque, resguardado en la vegetación o en las «huras» si el día está nublado. Cuando brilla el sol, el gallo alcanza los riscos vecinos, pastando al resguardo de las peñas, donde el sol se refleja y proporciona un calor extra, si no necesario sí al menos agradable. Nunca pensamos ver al gallo con los rebecos, compartiendo la solana pedregosa, donde la nieve se funde o el viento deja al descubierto escobas y urzes; pero así es, ahí se reúnen hasta varios ejemplares para disfrutar los tibios días invernales.

PRIMAVERA. Cuando la nieve va desapareciendo, conformando mil arroyos que se precipitan al fondo del valle, el gallo abandona el límite boscoso superior para ir alcanzando los cantaderos, donde va a pasar toda la primavera dedicado a su ardoroso celo:

adjetivo que mejor califica el sonido, ya que es asombrosamente parecido al descorche de una botella de champaña, aunque su tono sea más discreto. Cuando el gallo está inquieto o la intensidad del celo es baja, el taponazo puede suponer el retorno a la situación primitiva. Sin embargo, si está en plena excitación, marca el inicio de la última fase, el momento en que el cazador, fotógrafo o investigador pueden cambiar de postura, romper la rama que les estorba, avanzar precipitadamente y sin ningún tipo de recato hacia el gallo, ya que éste ahora parece estar ausente del mundo que le rodea, aunque ello suponga su propia existencia.

SEGUIDILLA. Sonido chirriante, afilar de una guadaña, carretilla mal engrasada. Cualquiera de estas denominaciones sirve para describirlo, pero ninguna lo hace acertadamente. Además, se superpone otro sonido, sólo audible cuando estamos a seis u ocho metros del gallo, y que es muy similar al borboteo que produce una botella al ser vaciada,



Durante el celo el urogallo pierde totalmente su timidez. Su estado psicológico propicia esta carencia de elemental y oportuna cautela

cuando su contenido sólo alcanza la mitad de su capacidad.

Quizá esta breve descripción sirva para dar una idea al lector, pero estamos seguros de que su sorpresa será enorme, a la par que agradable, cuando pueda presenciarlo desde la primera fila de un hayedo cualquiera en un lugar cualquiera (donde aún queden gallos, por supuesto).

Esta última parte de la estrofa ha dado lugar a situaciones increíbles; el estupor, el ridículo o el asombro se habrán marcado en el rostro velado por la oscuridad, de aquellos cazadores que dispararon al macho y no le acertaron, viendo cómo éste seguía cantando. Es cierto; en pleno celo y durante la

seguidilla, el fogonazo del *flash*, el estruendo de la escopeta o la risa nerviosa, no hacen la más mínima mella en el comportamiento del urogallo. De ahí que con toda seriedad se diga que son «sordos» durante este breve instante.

Tenga en cuenta el lector que todo lo anteriormente relatado transcurre en tan sólo diez segundos.

Cosas de los amores

CELO. Así denominamos a todas las estereotipadas pautas que realiza el urogallo en el cantadero durante la primavera. El celo engloba tanto al canto como a los saltos y vuelos de alarde. Dos

son las situaciones en que se manifiesta: en el árbol y en el suelo.

CELO DEL ARBOL. Corresponde al esquema anterior del canto. El macho se sitúa sobre la rama horizontal de un árbol, cuya altura puede variar de tan sólo un metro (en algunos abedulares) hasta los veinte o veinticinco metros (hayas, robles y pinos). Aquí puede permanecer inmóvil, enlazando estrofa tras estrofa, o bien deambular por el corto espacio de la rama limpia, cambiando con cierta frecuencia de orientación. La actividad puede iniciarse a las dos o las tres de la madrugada, y prolongarse hasta bien entrada la mañana. En algunas ocasiones hemos podido disfrutar de la presencia de



Vista gen

El majestuoso escenario

COMO ave típica del bosque, el urogallo no puede prescindir de todo aquello que la masa forestal le aporta. La enorme reducción que ha tenido esta especie en su distribución geográfica ha sido propiciada por la disminución de su boscoso espacio vital, por aclareo (excesivo en ocasiones), tala a matarrasa e incendios forestales.

Consecuencia final: la palpable merma de cientos de miles de hectáreas de bosque, ese complejo y equilibrado ecosistema que drásticamente va sucumbiendo. Un camino paralelo siguen las especies que formaban parte de este medio.

Las cualidades de los bosques que cada subespecie de urogallo ocupa en la península Ibérica son diferentes en cuanto a la vegetación, si bien guardan un cierto parecido en algunas especies que le sirven de alimento. Wegge (1980) apunta que prefieren bosques maduros a los nuevos o recién plantados.

En el Pirineo podemos encontrar dos franjas de vegetación bien diferenciadas, una que, entre los 1.200-1.600 metros, goza del predominio del hayedo salpicado de robles y avellanos, a la que sigue, hasta los 2.400 metros, imponentes fustes de coníferas verdeantes todo el año, abrigando los rudos cuerpos de las impresionantes montañas pirenaicas.

Estos bosques climáticos poseen un sotobosque con elevada diversidad de plantas arbustivas y herbáceas, que evitarán al gallo una monótona dieta de acículas. En estas zonas es frecuente la caída de viejos árboles, que propician los calveros entre los pinos y ofrecen un espacio idóneo para las demostraciones primaverales del ave.

La cornisa cantábrica, si bien posee una majestuosidad paralela a los Pirineos, ofrece una visión distinta, pues las alturas disminuyen y las dimensiones están más comprimidas, como una reducción de aquéllos, donde los valles resaltan su belleza entre inclinadas laderas, lejos de la amplitud



Niebla en el hayedo. Hábitat típico del urogallo.

pirenaica. Sin ser comparables, cada uno de estos lugares posee sus propios e inigualables encantos.

Desde los 1.000 a los 1.800 metros, el hayedo cubre tupidamente la franja arbórea de estas latitudes. Su amplia copa limita la entrada de luz, provocando una disminución del crecimiento en las plantas fotófilas y dando la impresión de un sotobosque florísticamente pobre. Sin embargo, esto no es así, y tanto el estrato herbáceo como el arbustivo poseen gran variedad de plantas, algunas de ellas manjar exquisito para el urogallo.

La humedad es la tónica general del cerrado hayedo, creando un ambiente peculiar donde abundan las nieblas, favorecidas por las lluvias y nevadas que generosamente se producen en la estación fría.



general del Pirineo leridano. Es, sin duda, la región donde más abunda el urogallo.

Servales (Sorbus aucuparia), acebos (Ilex aquifolium), vetustos robles (Quercus robur), etc., se desperdigán entre las hayas para romper una uniformidad que parecía eterna. Y el sotobosque, allí donde la maraña de pies de jóvenes hayas no impide el caminar, está limpio, abierto, enriquecido botánicamente por especies características.

Cuando los robledales adquieren extensión en algunas zonas, son un buen hábitat para el urogallo, al contar con los atributos necesarios para constituir una vivienda adecuada a sus necesidades. O los abedulares (Betula pendula), que orlan en ocasiones la parte superior del bosque en contacto con los riscos y prados alpinizados. Aun cuando el porte de este árbol, blanquecino y chaparro, dista mucho de las esbeltas hayas, dicen los lugareños que el «bidul» (abedul) es lo mejor para el gallo. Ciertamente es, y aún se encuentran buenos cantaderos en estas zonas, orgullo de los locales, donde se puede disfrutar del increíble espectáculo que ofrece el urogallo saltando entre los enormes bloques de piedras, con todo su vigor y perfecta adaptación al medio, sin perder la compostura en sus pavoneos.

Zonas también asiduamente visitadas son los brezales y piornales que, hacia arriba, luchan con las rocas por alcanzar el cielo. Estos lugares, de vegetación tupida, casi almohadillada en algunas especies de Erica (brezos), o más alta, fruticosa, de retamas como Cytisus, Genista (escobas), desarrollan una importante función en la vida del gallo durante los crudos y largos inviernos, proporcionando cobijo y alimento.

Podemos, pues, observar unas diferencias significativas en el hábitat de ambos urogallos, ya que el pirenaico se asienta de modo casi absoluto en pinares, mientras que el cantábrico lo hace en hayedos, abedulares y robledales, pues las zonas de pinar son pequeñas parcelas (Pinar de Lillo, León) y algunos puntos occidentales de Asturias. Al ser aquí los pinares de repoblación se abre la esperanza de que puedan paliar, para el gallo, la tala y desaparición de los bosques de robles, primitivo asentamiento de la especie.

trovadores que persistían hasta las doce del mediodía.

Con menor continuidad, a veces esporádicamente, los machos pueden tener un celo de tarde, cantando desde la puesta del Sol por un período entre cuarenta y ochenta minutos.

CELO DE SUELO. Sin duda el más espectacular y variado. Ahora, el macho recorre su territorio con la cola desplegada, pico apuntando al cielo, arrastrando las puntas duras de sus alas en jarras sobre la litera forestal. Es el momento de las estrofas y saltos, que también siguen unas pautas determinadas.

Combinando ambas modalidades, o efectuando tan sólo series sucesivas de saltos, el macho, orgulloso, con la cola en perfecto abanico, con un andar pausado, premeditado, como un consumado actor en «pose», va delimitando su territorio o marcando un punto concreto de éste.

Los saltos son espectaculares, tomando impulso con sus fuertes patas, golpeando violentamente el aire con sus alas, manteniendo el equili-

El discutido encanto de la hembra



Detalle de la cabeza de una hembra de urogallo.

AUNQUE los diversos autores lo han descrito de diferentes maneras, todos coinciden en calificar al urogallo de «gran tetraonida» por su tamaño. Los machos son de color oscuro, dominando a primera vista el negro, pero tonos azules, irisaciones gris-blanquecino y pinceladas marrones y blancas comparten con el negro mate el plumaje del ave. Nada mejor que una fotografía para ver su aspecto, para detectar su pluma tupida y compacta

donde destacan dos zonas: la carúncula rojiza supraocular y una llamativa mancha blanca en el «hombro»; ambas partes destacan más durante el celo. La carnosidad supraocular adquiere mayor dimensión y colorido más vivo en los adultos. El espejuelo de la inserción del ala, junto al blanco de la cola y parte posterior, son algunas de las múltiples señales que el urogallo muestra en su llamada a la hembra.

La hembra es, frente a la vistosidad del macho, muy discreta. Su belleza, con la mitad de volumen y peso que el macho, consiste en su sencilla fisonomía de tonos pardorrojizos sombreados de negro, gris y blanco. Este peculiar vestido permite que su propietaria pase totalmente desapercibida en el bosque, descubriéndose ella misma cuando cloquea en el cantadero o es seguida por una «recua» de empujadas criaturas, fruto de sus desvelos.



Consecuencia inevitable de un ave territorial y polígama es la agresividad de los machos durante el celo, desarrollándose violentas peleas

brio con su ancha cola, y aterrizando entre un revuelo de hojarasca y ramas que pueblan el aire impulsadas por su fuerza incontrolada. El estruendo del salto puede ser percibido a gran distancia, lo que sirve para denotar su presencia tanto a los machos rivales como a las hembras visitantes.

Cuando una hembra cloquea con fuerza o se posa cerca de un macho, éste se transfigura, parece entonces un juguete mecánico donde las evoluciones son vertiginosas y la musculatura se tensa hasta casi estallar. Es la culminación de tan magnífico espectáculo, previo a la cópula.

Volar para lucir

Aún nos quedan los vuelos de alarde: ¿Qué son? Demostraciones ruidosas donde el aire atruena el bos-

que por los fuertes aletazos del gallo. Es otra forma más de hacerse notar. Puede volar de un árbol a otro, de éste al suelo o viceversa. Este ruido producido al volar es típico del celo, ya que el resto del año la actuación es diferente. Sin celo, el macho (o la hembra), sorprendido en el bosque, puede arrancar en dos formas distintas:

a) Abandonar la rama con aletazos sonoros durante los cinco o diez primeros metros. Cuando esto ocurre, podemos tener la seguridad de que hay algún congénere, macho o hembra, en las cercanías. Se interpreta, pues, como una señal de aviso, una indicación a su (o sus) vecinos de algún peligro inminente.

b) Vuelo totalmente silencioso, como una sombra que sortea hábilmente el denso follaje del bosque. Del mismo modo, es un seguro indicio de que el ejemplar está solo y, por tanto, trata de

pasar inadvertido; esto realmente ocurre, ya que su plumaje oscuro está perfectamente adaptado a los juegos de sombras del monte.

Sólo hemos observado una arrancada ruidosa en individuos solitarios cuando éstos se despiertan sobresaltados ante la presencia repentina del observador. En tales ocasiones, la huida es tan precipitada que incluso han chocado con las ramas del vecino árbol. En todos los casos que tal fenómeno ha sido comprobado, después de la colisión, recobran el equilibrio y prosiguen con un vuelo totalmente normal.

PELEAS. Consecuencia inevitable de un ave territorial y polígama es la agresividad de los machos durante la época de celo. Esto produce roces entre los vecinos, que en ocasiones desembocan en auténticas y tenaces peleas. Por supuesto que es la pauta menos repetida, pero también la más violenta, ca-

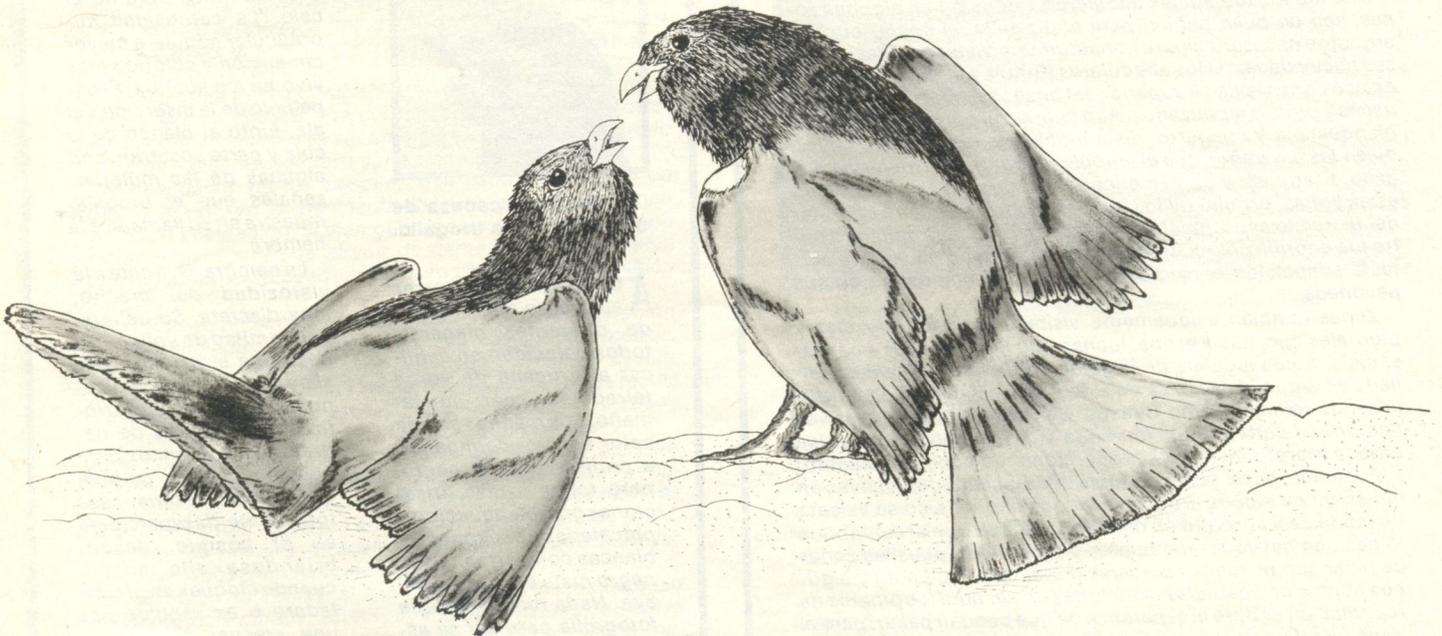
paz de «helar la sangre» de quien pueda presenciarlo.

Toda pelea va precedida de un desafío, consistente en un sonido denominado «bufido» (Castroviejo, 1975) y transcrito como «krei-kria» o «korjj-kjejjeej». Por nuestra parte, evitamos todo intento de plasmarlo en palabras, dada su gran peculiaridad.

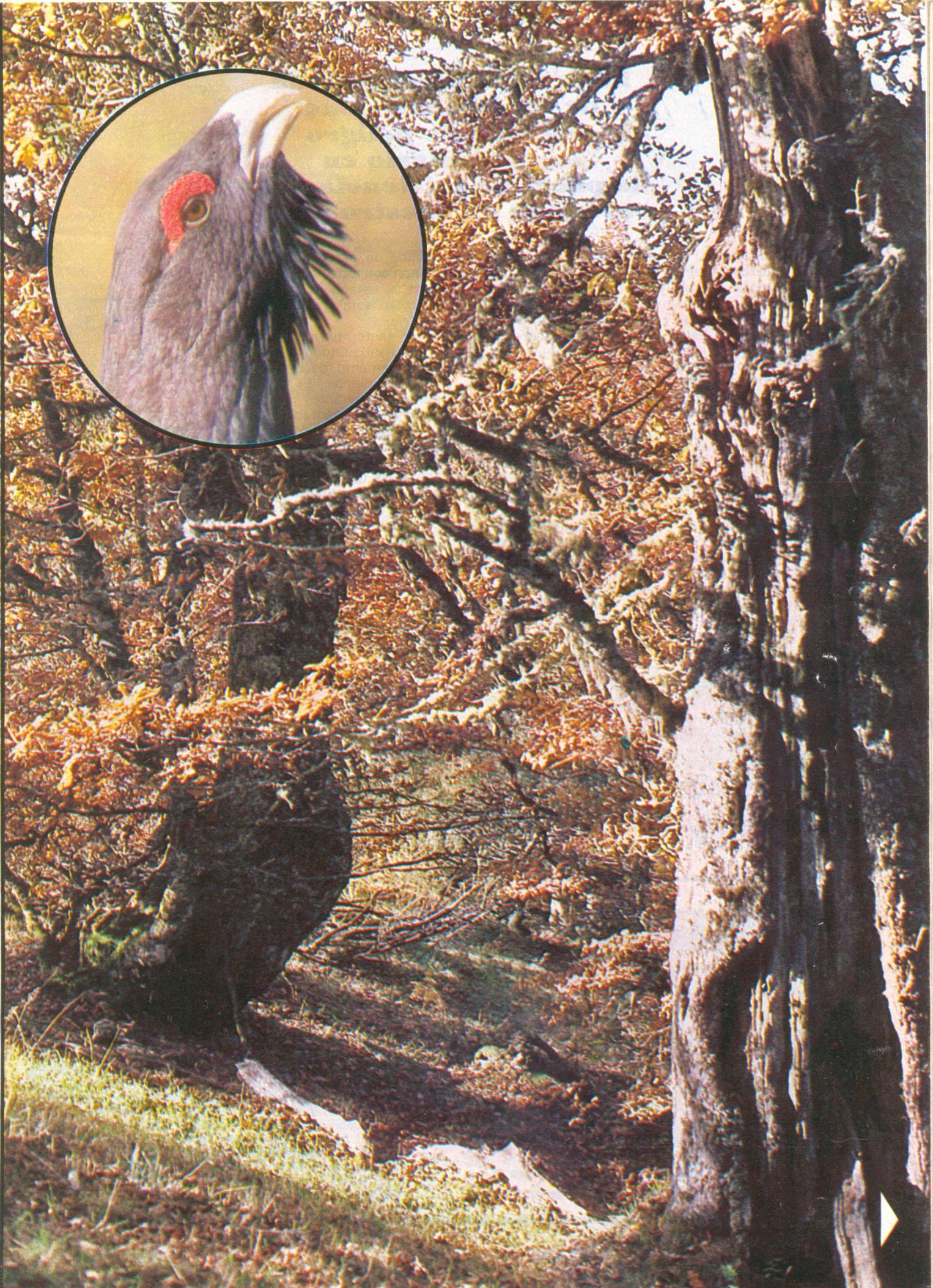
Dos son los sistemas de iniciarse una pelea, tanto en el límite de dos territorios como por la invasión de uno de ellos.

En un caso, un macho puede estar cantando en un árbol y acudir, andando, el provocador; el recién llegado da vueltas alrededor del árbol bufando, desafiando al rival. Este puede ignorar al intruso y dejar que se canse hasta volver por donde llegó, o bien aceptar el «guante», descender al suelo o iniciar el ceremonial de lucha.

Un segundo sistema consiste en la aproximación, lenta unas veces y vertiginosa el resto, de dos machos que coinciden en la frontera de ambos *leks*. Siguiendo unas pautas precisas, primero se amenazan, pretendiendo cada uno ser más bravucón que el otro. Si este intento de impresionar no da resultado, llegáramos entonces al verdadero com-



Lucha entre dos machos rivales en la época del celo. Pueden llegar a herirse de consideración.





La presión incontrolada de los furtivos pone una nota de peligro suplementario en la precaria existencia del urogallo en nuestro país

bate. Una vez decididos, la pelea es violenta, casi cruel, tratando cada uno de acabar con el rival. Para ello, se lanzan feroces picotazos a la carúncula roja, como si ésta fuese el centro de la diana. Tanto es el empeño y ardor, que es muy frecuente ver correr la sangre, que brota de las cabezas dando un feo cariz al dilema.

También son numerosos los aletazos con que cada uno intenta derribar al contrario. Estos golpes con el ala suenan como latigazos, pudiendo ser detectados a varios cientos de metros. Solamente cuando uno admite la superioridad del rival termina la pelea, y aún entonces, el vencedor puede perseguir al vencido por unos instantes, como reafirmando su posición de jerarca.

Desde luego, en ningún caso hemos visto que utilizaran sus fuertes patas para golpear, lo que sin duda es un seguro de vida para ambos contendientes, ya que tales extremidades, por su vigor, dureza y largas uñas, podrían provocar daños irreparables.

Ya hemos comentado que durante el celo el urogallo

pierde totalmente su timidez. Hay una gran cantidad de anécdotas que pueden servir de ilustración, indicadores de hasta qué punto pueden despreciar el peligro.

La Guardería de la Reserva Nacional de Riaño, por su dedicación a la vigilancia de los cantaderos, va acumulando historias de este tipo, que permiten acortar las largas noches invernales junto al calor de la lumbre. Así, circulando por las pistas forestales, con la seguridad que da el conducir de día, han tenido que frenar bruscamente y esperar, pacientes y embelesados, que algún macho finalizara sus pavoneos y dejara expedito el camino; en estos casos, la distancia del *todoterreno* al gallo no era superior a los quince metros.

Otras veces, recostados contra un haya y simulando el reclamo de las hembras, han permitido que el gallo les rozara al pasar a su lado, encendido por el falso cloqueo. Y aun en otras situaciones ha sido posible la caricia del guarda sobre el dorso de uno de estos cantantes.

La creencia de que los machos ni ven ni oyen durante el celo es falsa; sus meca-

nismos de percepción funcionan con toda normalidad, pero su estado psicológico propicia esta carencia de cautela.

Por tanto, para los machos, este período supone un incremento de los peligros cotidianos. El águila real, de esporádica presencia en algunos cantaderos; el azor, y el más abundante zorro, tienen ahora más facilidades para atacar a los gallos. Sólo tenemos un dato comprobado de un zorro que capturó un macho durante el celo. Es lógico pensar que si



un hombre puede acercarse a tan sólo un par de metros de los gallos, sus predadores, sin duda más cautos y silenciosos a la par que más

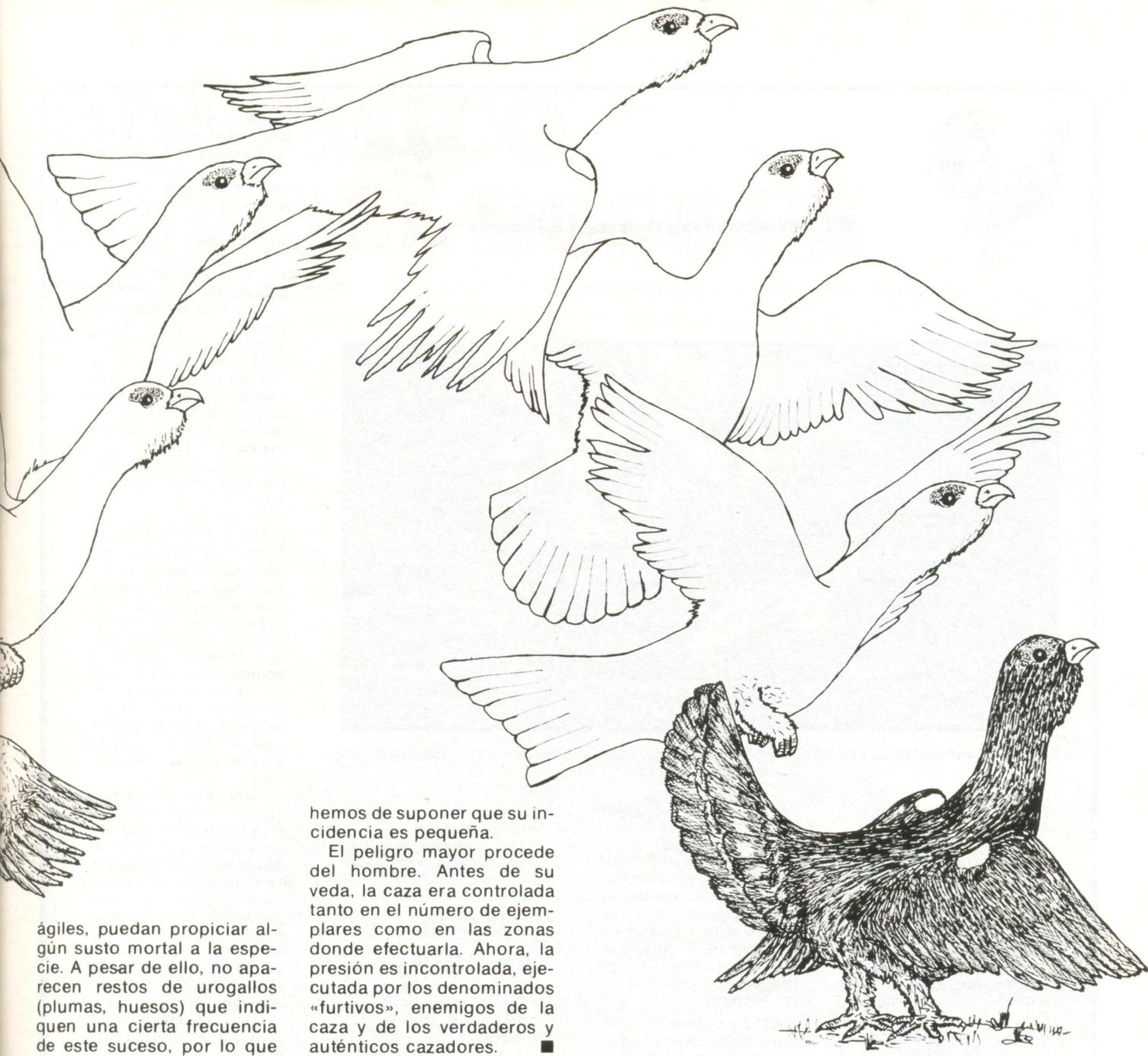


El mito del acebo y la alimentación del ave

POR desgracia son pocos los trabajos sobre la dieta del urogallo a lo largo del año, aunque en otros países (Inglaterra, Alemania, etc) está mejor estudiado (Helminden & Viramo, 1962; Pulliainen, 1979). A partir de los estudios de Castroviejo, el acebo quedó irremediablemente unido al gallo, de forma que la tala de aquellos condicionaba la desaparición de éstos. Esta idea ha ido creciendo hasta constituir un auténtico mito, que ha desembocado en la utilización del ave para pedir la protección del árbol (la pasada Navidad hubo una campaña en tierras leonesas donde se pedía el respeto al acebo por medio de una pegatina de un macho de urogallo superpuesto a una rama del árbol). No hay duda alguna que el *Ilex aquifolium*, perenne y hermoso, ha de ser protegido ante el abuso de su utilización, pero no por el hecho de dar de comer al gallo, sino para evitar la desaparición de una nueva especie.

El acebo supone para el gallo, al igual que otros árboles (serval, haya) un aporte más de frutos. Cierto es que en invierno sus hojas son comidas esporádicamente, pero nunca suponen su dieta básica.

En estas zonas, donde el gallo puede escoger otros tipos vegetales como alimento, las hojas de acebo ocupan un úl-



hemos de suponer que su incidencia es pequeña.

El peligro mayor procede del hombre. Antes de su veda, la caza era controlada tanto en el número de ejemplares como en las zonas donde efectuarla. Ahora, la presión es incontrolada, ejecutada por los denominados «furtivos», enemigos de la caza y de los verdaderos y auténticos cazadores. ■

ágiles, puedan propiciar algún susto mortal a la especie. A pesar de ello, no aparecen restos de urogallos (plumas, huesos) que indiquen una cierta frecuencia de este suceso, por lo que

timo plano y tan solo cuando es «pillado» por alguna ventisca de nieve.

Machos y hembras poseen un fuerte y marfileño pico gan-chudo, con capacidad para trocear todo tipo de frutos, por duros que sean. Así, bellotas y hayucos pueden llenar su buche lo mismo que las duras hojas del pino o del tejo (*Taxus baccata*).

La dieta, como es de suponer, varía con las estaciones en función de las disponibilidades alimenticias. Al no contar con estómagos de urogallos, nuestros datos se basan en observaciones visuales y análisis de excrementos, por lo que no podemos aportar una lista completa de las especies vegetales y animales consumidas.

En ocasiones se ven grupos de urogallos, mixtos o unisexuados, pastando en diversas zonas del bosque o prados cercanos. Encuentran tiernos renuevos de haya a poca altura, hojas, tallos, flores, etc.

También rebusca el musgo que cubre los troncos caídos, para localizar semillas e insectos. Los principales consumidores de hormigas (huevos y larvas) son los polluelos en sus primeros días de vida, para ir añadiendo luego vegetales a su

dieta. Según Rajala (1959), los pollos comen más insectos que plantas hasta las tres semanas.

Fresas, frambuesas, moras y arándanos son algunos de los frutos que los golosos gallos degustan en verano. Es normal encontrarlos al amanecer o anochecer en alguno de los estrechos caminos o pistas que surcan el monte, donde aparecen matas de fresas y frambuesas así como moras. El arándano (*Vaccinium myrtillus*) será también alimento de invierno, cuando la nieve cubre el suelo. Entonces sus tallos quedan al descubierto o son escarbados, lo mismo que el matorral de *Calluna vulgaris*, *Erica vagans*, *Citilus purgans* o *Juniperus* comunes, que en las zonas altas visten algunos riscos.

Será durante la época de celo cuando la necesidad de alimentarse es mayor, pues muchas energías se pierden cada amanecer. Entonces, entre la hojarasca que deja visible la retirada de la nieve, aparecen las primeras flores, helechos, etc., reverdecientes novedades que constituyen una jugosa llamada a su colosal apetito. Una de las primeras en aparecer es la *Scilla lilio-hyacinthus*, cuyas gruesas y verdes hojas trocea con facilidad. El «bimbrio», como lo llaman los lugareños, constituye un buen sustento.



El misterioso cantadero



Detalle del cantadero. Los tocones sirven de plataforma para el canto y lugar de reposo en las tardes soleadas.

VARIAS veces hemos vertido en el texto la palabra «cantadero». Quizá sea uno de los léxicos mejor conocidos a nivel general, definido como el área donde acuden los gallos para realizar sus pavoneos. El tamaño es muy variable, desde unos cientos de metros cuadrados hasta varios millares. Todo depende de qué entendamos por cantadero.

Sigue siendo un misterio. Sabemos que año tras año los machos acuden a unas zonas muy concretas, algunas tradicionales y exhaustivamente cazadas. Su altitud oscila entre los 1.200 y 1.700 metros para la Cantábrica, y 1.400 a 2.400 metros en los Pirineos (Canut, J. y col., 1982). Hay una cierta tendencia a orientarse al N o NE, si bien no faltan en absoluto los que miran hacia otros puntos cardinales. La presencia de peñascos y árboles caídos, así como tocones, son características que aparecen en casi todos.

Bien, con tales datos puede uno, equivocadamente, creer que ya tiene definida la estructura del

cantadero. Sin embargo, y ahí está la paradoja, hay zonas colindantes que en apariencia son una continuación de los mismos, con todos los elementos antes citados. Cuando esto ocurre en un área densamente poblada (10-15 machos), cabe preguntarse ¿por qué no las ocupan?

El planteamiento más común y aceptado es que un cantadero es el punto de reunión de los machos, a donde llegan posteriormente las hembras para elegir galán.

¿No podría ocurrir exactamente lo opuesto? ¿Por qué no pensamos en un área donde tradicionalmente acuden las hembras y por ello los machos se congregan a esperarlas? En apenas dos líneas hemos pasado del blanco al negro, y sólo una respuesta parece válida ¿y por qué no las dos mediante una combinación de sus factores?

Algo sí está perfectamente claro; cuando las divagaciones son grandes, las teorías contradictorias y las posibilidades inmensas, es por encon-

trarnos ante un hecho poco conocido.

Con todo ello, la actuación humana aporta un dato de capital importancia: cuando un cantadero es destruido, por tala, incendio, apertura de pistas, etc., sus inquilinos primaverales desaparecen, pero sin reaparecer en esas otras zonas cercanas y en «apariencia» similares.

Esto nos indica, además del grave peligro que supone la reducción de cantaderos, la casi seguridad de que dichas áreas disponen de unas características peculiares. Es posible que la solución pudiera hallarse estudiando y confrontando, hasta en sus menores detalles, la mayor cantidad posible de cantaderos.

Si algo que es en apariencia tan claro y sencillo resulta difícil de explicar, podemos percartarnos de lo alejados que estamos en el conocimiento de la biología del urogallo.

Las siguientes líneas servirán para precisar algo más los puntos en común que presentan los cantaderos visitados. En todos ellos se dan unas

condiciones mínimas de visibilidad, referidas tanto a la aparición de pequeños calveros como a una escasa densidad del sotobosque. En este caso la finalidad es clara y en un doble sentido:

a) La existencia de claros sirve al propósito de ostentación del gallo. Si añadimos la presencia de tocones y rocas, hasta donde se impulsa para cantar, es claro que su imagen puede ser fácilmente visualizada. Esta estructura facilita la demarcación territorial de los machos, al contar con discontinuidades aparentes en la uniformidad del bosque.

b) El canto, emitido con precario volumen, se difunde y alcanza mayores distancias cuando el sotobosque es ralo, a la vez que facilita los desplazamientos del ave por el suelo. No obstante hay que tener en cuenta el componente infrasónico del canto, lo cual, y dependiendo de la propia longitud de onda, podría determinar la elección de árboles con un diámetro dado.

Claramente se observa, cuando el cantadero es muy pendiente y los árboles asoman sus hojas al cálido sol, cómo los gallos van ganando paulatinamente altura, es decir, buscan el límite entre la parte aún sin hojas y aquella de menor altitud donde las hojas inician el adorno de las ramas. Tal estrategia permite mantener a los machos unas condiciones idóneas para ser vistos u oídos por un tiempo más dilatado. Cuando esta actuación no es factible por presentar el terreno una altura uniforme, hay una mayor tendencia al celo de suelo cuando las hojas brotan, pues se oye más el sonido de las alas en el salto, y las manchas blancas de alas y cola se hacen más conspicuas a las hembras que merodean por el área, que si el individuo canta desde un árbol tupido de hojas.

Quedan pues por determinar todas las posibles causas intrínsecas a la especie, aquellas fisiológicas del cantadero y las específicas y estructurales que hacen que estos lugares y no otros sean los elegidos. ■

POLEMICO REY DEL BOSQUE



Son significativas las manchas blancas de la cola, llamativo semáforo en la penumbra del bosque.

EL año 1979 marca una frontera legal tajante entre dos situaciones completamente distintas. Con anterioridad a tal fecha se podía cazar el urogallo tanto en los cotos privados como en las zonas de Aprovechamiento Cinegético Común y en las

Reservas Nacionales de Caza. Cualquiera que fuese la catalogación del terreno era imprescindible disponer de un permiso, nominal y gratuito en los dos primeros supuestos, por una cantidad no elevada de dinero y previo sorteo en el último.

En cualquier caso, el nú-

mero de machos abatidos superaba siempre el de permisos concedidos, burlándose la ley en los terrenos libres y algunos cotos privados. Como consecuencia de esta situación, unido a la caza indiscriminada de machos y hembras en las batidas otoño-invernales de ja-

balíes o zorros, el descenso poblacional se hizo sentir.

La Administración tomó entonces la decisión de decretar la veda del urogallo, si bien no expuso una política pensada en cuanto a duración de años, medidas a tomar, etc. Como tantas veces, se espera que la esquilma



Las pistas forestales que cruzan un cantadero crean suficiente intranquilidad en la especie como para provocar el abandono del bosque

Naturaleza surja con nuevos bríos y nos dé, sin ayudarla, todo cuanto deseamos.

Por eso, la evolución demográfica no sigue el ritmo esperado de crecimiento y la apertura de la veda se va retrasando, basándose en el hecho cierto de que hay pocos ejemplares.

Causas de la disminución

Bien, ya no se puede cazar legalmente el gallo, pero no vemos reaccionar a la especie, invadir los bosques grandes o pequeños, asentarse en sus antiguos cantaderos ni ocupar otros nuevos. Quizá también nuestra impaciencia sea la causa; es posible que no le demos el margen suficiente para reponerse.

Todo esto es válido y puede argüirse en descargo de quienes tomaron la decisión de vedarlo. A pesar de ello hay otro cúmulo de circunstancias a tener en cuenta, algunas palpables, otras menos asimilables por la mente humana (en este caso administrativa), pero todas ellas con una influencia nefasta sobre la especie.

¿Qué ocurre cuando se prohíbe algo? La contestación nos viene, día tras día, desde los tiempos de Eva y su ya famosa manzana. El dulce que no debemos tocar se convierte en el más apetitoso, y así, el urogallo, pasa a ser protagonista de primera línea para los furtivos, sean de la clase que sean, vivan en el campo o en la ciudad. Estos transgresores de la ley se hacen pléyade que con ansia imparable tratan de localizar los cantaderos. Además, la guardería no aumenta, sino que en algunos puntos disminuye, y podemos observar guardas que tienen que vigilar el río a la par que la caza o las evoluciones del ganado,

cuando no están dirigiendo una saca de madera, un desbroce o una repoblación. La conclusión es obvia: se prohíbe, pero no se vigila, y la persecución sigue igual o más intensa que antes.

Cierto es que las Reservas Nacionales quedan al margen de esta desviada corriente venatoria; bueno, no todas las Reservas, pero sí algunas y en estas, ahora, puede apreciarse la recuperación demográfica tan esperada.

Este factor es tan claro que no necesita de nuevas aportaciones, pues los auténticos cazadores hartos están de denunciar estas tropelías, aunque sin resultados positivos.

Hay otra serie de factores que aún son más graves y al mismo tiempo menos conocidos. Nos referimos a la creciente degradación que sufre el medio, configurando cambios paulatinos, casi inapreciables o bien otros de los llamados «sonados», como las talas a matarrasa, incendios forestales o sustitución de la flora autóctona por otra de repoblación (que no son otra cosa que monocultivos). Estos golpes bajos son los que más daño hacen a la fauna, que observa estática la desaparición de su medio de vida, sin poder hacer otra cosa que ir reduciendo su número, haciéndose más escasa. Quizá convendría incluir la frase de E. Trigo de Yarto: «han hecho más daño a la caza, a la pesca y a los bosques de España, urbanizaciones, carreteras y funiculares que los trasmallos o las postas de los furtivos».

A tales cambios notables hay que añadir otros no menos importantes aunque más sutiles, como son la apertura de nuevas pistas forestales que cruzan un cantadero, destrozándolo o creando la suficiente intranquilidad

como para provocar su abandono. Estas pistas son vías de acceso cómodas para madereros, excursionistas y furtivos, donde los camiones o automóviles circulan destilando gases por sus tubos de escape y los motores apagan los trinos de las aves y la paz del bosque. A esto unamos la habitual práctica de «mendar en el campo» y dejar los restos (papeles, botellas, latas) esparcidos por doquier, creando auténticos basureros que rompen la estética y ensucian el entorno. Poco a poco estamos convirtiendo nuestros más bellos parajes en auténticas pocilgas, sin que se inicien campañas de educación en tal sentido. Debería ser una asignatura obligatoria en las escuelas.

La entresaca de madera, talando sólo algunos árboles de la zona posee dos efectos notables. El primero es dejar un bosque aclarado, donde los fustes de mayor porte van desapareciendo. Después, y como consecuencia de la tala, el matorral invade el bosque maduro, produciendo un efecto de aumento de maleza que es incompatible con el urogallo.

Los datos que poseemos clasifican al urogallo como un ave sedentaria «con reservas». La idea de enfrentarnos a una especie poco móvil debe ir desapareciendo de nuestras mentes. Es cierto que en épocas concretas los individuos se localizan en pequeñas parcelas, pero también son capaces de desplazarse varios kilómetros. Así, y a modo de ejemplo, los gallos del valle de Sajambre (León) se convierten en visitantes asiduos del Parque Nacional de Covadonga (Asturias). Este cambio de áreas, por el mismo hecho de producirse, indica la necesidad vital de ambas zonas para la supervivencia del ave.

Supongamos ahora que tratamos con mimo exquisito una de ellas, reduciendo la presencia del ganado, suprimiendo las talas, etc., pero que en la otra permitimos la remodelación del terreno (cambio del hábitat, camping, urbanizaciones). Habremos conseguido que esta especie desaparezca en ambos lugares, aunque en uno de ellos «afirmemos» haber hecho todo lo humanamente posible para evitarlo.

Otro factor importante a tener en cuenta es el pastoreo. En los puertos de montaña, donde el bosque se entremezcla con el pastizal, todas las primaveras acude un buen número de cabezas de ganado, que deambulan en completa libertad anunciando su presencia con las sonoras esquilas o cencerros que permitirán su posterior localización. Hemos sido testigos, en más de una ocasión, del abandono precipitado del cantadero por parte de machos en celo cuando su canto es interrumpido por el mugir de las vacas. Puede decirse que el ganado no mata a las aves, y es cierto, pero su presencia puede impedir la reproducción, lo que sin duda es un efecto mucho más negativo.

Por último, hay que citar a sus predadores naturales, con el jabalí como principal consumidor de huevos, el zorro cazador de pollos e incluso adultos, los gatos y garduñas, martas y tejones, rapaces y erizos. Todos ellos, de forma directa, presionan en algunos momentos determinados sobre la población de urogallos, sumando su acción a todos los factores anteriores y contribuyendo en hacer de este ave una especie «reliquia». Se impone pues un control de estas especies.

Situación actual

No vamos a repetir los censos realizados, cuyas cifras se han ofrecido anteriormente. Sí creemos conveniente un comentario general sobre la situación actual del urogallo en España.

El pirenaico se encuentra en una situación bastante optimista, y ello por dos razones fundamentales: pri-

mero por que su hábitat está más intacto, pues aún con la apertura de nuevas pistas la superficie de que dispone es considerable. Sin duda hay más ejemplares de los censados, debido a la propia dificultad de los censos en unos parajes escabrosos y mal comunicados, quedando aún áreas inexploradas. En segundo lugar, la configuración de los bosques (coníferas) propician una dieta segura en el invierno, por presentar hoja perenne. Si a esto añadimos la existencia de una granja en la provincia de Lérida, subexplotada en estos momentos, se puede aventurar que funcione como un seguro de vida para el gallo si la gestión se realiza adecuadamente. La producción de la granja debería revertir en las áreas periféricas de distribución de la especie.

Esta granja surgió por la iniciativa de don Francisco Cases, apasionado amante del urogallo. Actualmente es propiedad del ICONA, si bien su iniciador sigue al frente de la misma. No obstante, desde aquí queremos señalar la necesidad de una planificación ambiciosa, a largo y medio plazo, para asegurar la expansión de la especie. Todo dependerá de las futuras decisiones que tomen los organismos competentes.

El urogallo cantábrico ya es harina de otro costal. No debemos olvidar que está considerado como una subespecie, y por tanto hay que evitar a toda costa su mezcla con otras poblaciones. Su situación actual se divide en dos claros frentes: reservas nacionales por un lado, cotos privados y zonas libres por otro.

En las primeras se aprecia una palpable recuperación. Sin embargo, su número no aumenta al ritmo esperado. ¿Por qué? Realmente lo ignoramos, pero es evidente su crecimiento ralentizado. Sólo estudios completos sobre su biología y costumbres nos darán la llave que permita desvelar los interrogantes.

En el segundo caso, zonas libres y algunos cotos privados, la respuesta es más clara. Estos parajes son territorios concretos, de extensión reducida, a modo de pequeños bosquetes o en-

claves aislados en un desierto de montañas sin arbolado. Por tanto, el ave está coartada en su expansión; lo único que puede hacer es subsistir formando pequeñas poblaciones aisladas entre sí, aún cuando no podemos descartar la idea de un contacto múltiple en ciertos momentos del año.

También, y los propios datos de los censos, así como observaciones propias y otras de personas interesadas en el tema, señalan la fuerte presión de caza (furtivismo) a que están sometidas, lo que ha redundado en una desaparición total del

visos de cruda realidad, pueden dejar ridícula la cifra de 60 machos abatidos entre Asturias y León durante 1983. Estos ejemplares, por su cantidad y zonas donde han sido cazados, han supuesto el exterminio de la especie en algunas de esas islas boscosas citadas antes. ¿Cómo se repondrán? Creemos que sin la intervención del hombre no será posible.

No queremos terminar este apartado con una visión tan pesimista. En concreto, los datos de la Reserva Nacional de Riaño (León) nos

lo escrito, a la par que intenta marcar el camino que hay que seguir para conservar al urogallo.

Lógicamente, si hasta el momento hemos dado el año 1979 como cambio en la situación de veda, habría que comparar los datos recogidos a ambos lados de esa línea. Ello no es posible por la carencia de unos buenos censos, y por ello nos ajustaremos a la disponible.

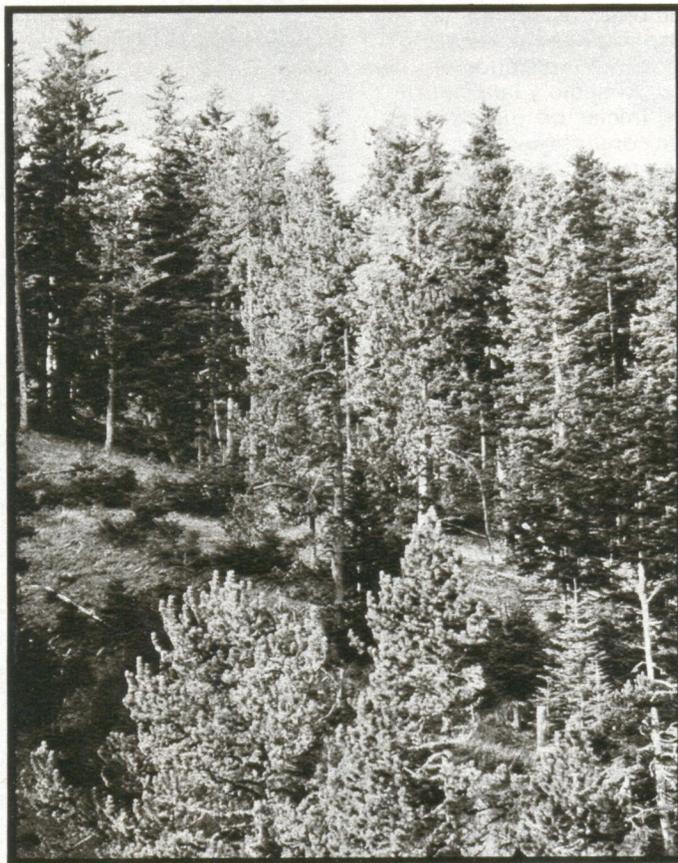
En ocasiones, los números en bruto pueden ser significativos, si bien otras veces se utilizan los porcentajes para recalcar de forma particular algunas concreciones. Por ello, no se asusten si algunos comentarios parecen no concordar.

Si nos fijamos en León y Asturias, provincias que reúnen el mayor capital de gallos, las tendencias son distintas. León aumenta un 225 por 100 entre 1972 y 1981, manteniendo la tónica hasta el 82, con un nuevo aumento del 17,9 por 100. Asturias, con un positivo 8,6 por 100 entre los dos primeros censos, inicia luego un ligero retroceso (- 7,7 por 100). Globalmente podemos interpretarlo como una equiparación en importancia entre ambas provincias en la actualidad, debiendo esperar a sucesivos censos para hacer una valoración más fiable. No obstante, se puede afirmar que hay una clara mejoría desde la declaración de la veda.

Lugo nos da la gran sorpresa, con un aumento del ¡500 por 100! (1972-1981), para luego descender en un 27 por 100. Dada la baja densidad de machos en esta provincia, cualquier variación numérica, por pequeña que sea, se traduce en fluctuaciones alarmantes de los porcentajes. Por tanto, estas cifras son muy poco significativas.

Palencia se mueve entre números mínimos. Tanto es así que en el momento presente hay indicios para creer que el urogallo ha desaparecido totalmente, aun cuando la Reserva Nacional de Fuentes Carrionas siga presentando algunas zonas idóneas para la especie.

Santander (Cantabria) ha ido subiendo desde el 72, ganando entre los dos últimos censos un 9,5 por 100 y



Pinar en la provincia de Lérida: un reino para el urogallo.

urogallo en cantaderos clásicos (Monte Oscuro), y su sensible reducción en toda la cuenca de Villablino (León). Incluso en zonas asturianas adosadas a las reservas, la caza se hace sentir hasta el punto de encontrarse varios furtivos el mismo amanecer rondando un cantadero. ¿Por qué es esto posible?

Mientras no se controle a estas hordas de elementos, hablar de apertura de la veda o recuperación del status sólo será un juego de palabras sobre el papel. Informa-

hablan de la esperanza, nos indican que la situación no es aún irreversible, que las posibilidades de recuperar a esta especie son grandes, pero que debemos hacer acto de conciencia y percartarnos todos del inmenso valor que tiene el urogallo. Sólo así lo salvaremos.

¿Fracasa esta especie?

Este apartado quiere ser un poco el resumen de todo



No es tarea fácil conseguir que la especie vuelva por sus fueros, pero tampoco es una guerra perdida. El buen sentido resolvería el problema

adquiriendo un plano similar al de Lugo. ¿Podría haberse surtido de las provincias limítrofes?

En cualquier caso y huyendo de regionalismos, ya que el urogallo no entiende de fronteras provinciales, vemos un núcleo central en crecimiento, que permite ese optimismo.

No es tarea fácil conseguir que la especie vuelva por sus fueros, pero tampoco es una lucha perdida. Enunciaremos las medidas a tomar en dos grandes bloques:

a) De forma inmediata:

– Regular con sumo cuidado las concesiones de explotación de madera, no permitiéndolo en los lugares donde se detecte la presencia del ave, cualquiera que sea la época del año en que esto ocurra.

– Suprimir o limitar al máximo la apertura de nuevas pistas, y desde luego nunca si han de afectar directamente al cantadero.

– Impedir o regular de forma estricta la entrada de turistas a los cantaderos mientras dure el proceso reproductor (primavera).

– Vigilar las evoluciones del ganado, retrasando si es necesario la época en que éste pueda desplazarse libremente por el bosque.

– Por supuesto que el aumento de la guardería es imprescindible, ya que está demostrado hasta la saciedad su escasa eficiencia por falta de medios y personal. No sería descabellado, dado el nuevo rumbo que toma la caza, el pensar en nuevos precios para las licencias de caza (según su clase), o cuotas como sociedades de cazadores, o algo similar que permitiera ayudar a mantener una guardería eficiente y en adecuado número.

– Realizar un nuevo censo, exhaustivo, siguiendo unas pautas comunes que permitan elaborar

un mapa actual y completo de la verdadera situación del urogallo.

– Iniciar estudios comparativos en zonas características, incidiendo con especial cuidado en la biología y comportamiento de las hembras, así como en los desplazamientos estacionales de los individuos.

b) A medio y largo plazo:

– Iniciar un plan de gestión conjunto entre las distintas jefaturas provinciales del ICONA (u organismos competentes en esta materia), lo que permitiría una visión global del problema así como la obtención de resultados homogéneos.

– Iniciar una política de repoblación con especies autóctonas que eviten la formación de nuevas islas y sirvan para dar continuidad a los interrumpidos bosques.

– Planificar un estudio completo del hábitat y de los factores ecológicos que actúan sobre el urogallo, tanto en los Pirineos como en la Cordillera Cantábrica. Las similitudes y diferencias entre ambas áreas servirían para encontrar las soluciones más adecuadas.

– Realizar un análisis fidedigno de ambas subespecies, a fin de comprobar si las diferencias existentes son debidas a la plasticidad de la especie en su hábitat o podría llegarse a una mezcla de ambas (ecotipo o ecogen).

Quizá cada uno de estos puntos parezcan a algunas personas «fríos e imposibles», pero son necesarios si queremos que esta magnífica tetraónida no forme en poco tiempo parte de la historia.

Explotación cinegética

Nos damos cuenta que este apartado será, sin duda, el más polémico y que

gresiva, acaparen un número de hembras excesivo. Por tanto, y sobre el papel, puede redundar en un beneficio para la especie.

Nos estamos refiriendo a la caza durante la época de celo (rececho). No vamos a entrar en discusiones de si es o no correcta; ello, en todo caso, dependerá de cómo se efectúe el rececho



tanto cazadores como proteccionistas mirarán «con lupa» las líneas que a continuación escribamos.

La caza, tal como se piensa en ella (al menos un colectivo numeroso), es un método selectivo. En una especie polígama puede servir en ocasiones para evitar que machos dominantes, pero en etapa re-

y de la propia conciencia y actuación del cazador.

En el momento actual si se puede pensar en iniciar una explotación cinegética, pero con un control estricto del número de permisos y en cantaderos concretos. Lógicamente, estas situaciones sólo se producen en algunas Reservas Nacionales de Caza. Es un plantea-

miento muy delicado, pero intentaremos explicar el porqué de las cosas.

1. En el año 1982 y 1983 se localizaron cantaderos hasta con diez y doce machos. El número en sí puede no indicar nada, pero los datos señalan que estas zonas no eran más visitadas por las hembras que los cantaderos con dos o tres ma-

2. En estas arenas múltiples, la voz cantante la llevan unos pocos individuos, quedando el resto a la expectativa sin tener acoplamiento con las hembras.

3. Desconocemos totalmente la capacidad de carga (K) tanto de un área global como de los propios cantaderos, así como los efectos que pueda producir

bras han sido cubiertas. Esta medida de seguridad obedece a dos factores: asegurar que los mejores machos se hayan apareado, y evitar que la misma acción de la caza interfiera en el desarrollo normal del celo.

Con todo ello, si tomamos de ejemplo la Reserva Nacional de Riaño, por constituir los parajes que mejor

considerar que una extracción del 10 por 100 de los machos activos es el óptimo a perseguir. Esto no puede ser tan categórico, y la cantidad de permisos hay que fijarla cada año en función de dos factores:

a) Del éxito del periodo reproductor subsiguiente a la época de caza, así como de las condiciones climato-



Siempre es sorprendente el encuentro con el urogallo. Aquí aparece en pleno canto al amanecer. (Foto José Luis Fernández.)

chos. Podemos suponer que aquí hay un excedente de machos, por supuesto que correlacionado con el número de hembras. Los cantaderos deben de tener una reserva de machos genéticamente «superiores», pero un exceso de los mismos puede producir interferencias en el periodo reproductor.

en uno de ellos la caza de algún ejemplar.

4. La guardería puede clasificarse sin ningún problema a los machos en dos bloques: jóvenes y viejos, lo que puede permitir una mayor selectividad.

5. La caza se realizaría a partir del 10-15 de mayo, momento en que las hem-

conocemos, nuestra opinión es que ahora, este año, se podrían extraer entre doce y dieciocho machos. Esta cifra, orientativa, hace referencia al mínimo de explotación sin acción negativa sobre la población.

En cualquier caso, debemos huir de los tentadores porcentajes. Nos explicaremos. Existe la tendencia a

lógicas del resto del año hasta alcanzar la primavera siguiente. Son los pollos el eslabón más frágil (aparte las puestas) en el ciclo del urogallo, y su número determinará la potencialidad de la renta cinética.

b) En años de climatología normal, a primeros de marzo se ocupan ya los cantaderos, lo que serviría para

realizar un censo previo y ayudar a determinar el número de permisos durante esa primavera.

No olvidemos nunca que seguimos sin saber nada de las hembras, ni su número ni los peligros que pasan, y es en las hembras donde descansa el futuro de la especie.

El nuevo levantamiento de la veda tendría que hacerse, en un principio, mediante el seguimiento de los efectos por un equipo de biólogos. También aquí nos apoyamos en dos razones:

a) Una vez cazado el gallo, se tomarían todas sus medidas anatómicas —especialmente en el momento presente— lo cual supondría un bagaje de datos para confirmar si es una subespecie, así como el papel que ha desempeñado cada ejemplar en la reproducción en base a la determinación de su edad.

b) Cualquier interferencia, positiva o negativa, ocurrida en el cantadero podría ser detectada y evaluada, lo que daría unas bases iniciales y necesarias para determinar el número de capturas al siguiente año.

Se nos puede achacar un excesivo celo, o quizá algunos lo interpreten como un poner obstáculos para el desarrollo normal del rececho. Sinceramente, la posición del urogallo como especie sigue siendo crítica, y todas estas «molestias» sólo pretenden la adquisición de cuantos datos sean posibles, de forma que en un futuro no lejano su densidad permita tratar al gallo como a una especie más. Cuando ello sea posible, los artículos divulgativos sobre el ave se harán más espaciados. El urogallo estará salvado.

Somos conscientes, y tenemos buenas pruebas de ello, que la caza y la conservación, la renta cinegética y la protección de la especie, son perfectamente compatibles. Sólo hay que hacer bien las cosas desde un principio. Deseamos que esta fecha señale el inicio de la nueva situación del urogallo.

Fotos: V. Ena
Dibujos: A. Martínez



Y POR FIN, SU CAZA

MUCHAS y controvertidas opiniones se han lanzado sobre la caza de esta especie. Hay tantos defensores como detractores en cada una de sus modalidades, por lo que decantarse en uno u otro sentido tiene la ventaja de conseguir el mismo número de aplausos que de pataleos.

ARMAS. La gama de opciones es amplia, aún cuando responden a dos apartados: escopeta y rifle.

La escopeta ha de ser del calibre 12, recomendándose aquellas de 1/2 choke en el cañón derecho y full-choque para el izquierdo. La distancia ideal de tiro es de 20 a 25 metros, no disparando por encima de los 30. Recordemos que es un ave corpulenta y recubierta de un excelente abrigo de plumas; las posibilidades de cobrar un gallo herido son muy remotas, ya que apeona con suma rapidez. Franceses y alemanes se decantan hacia el

perdigón del n.º 2, 3 y 4, con carga reforzada. El punto de mira debe ser fluorescente, o bien untar éste con tiza, pues las condiciones de visibilidad son siempre escasas.

Los entusiastas del rifle, cada vez más numerosos, conforman a los «puristas» de la caza del urogallo a rececho, al tratar a esta especie como pieza de caza mayor, con todos los honores. El arma irá provista de un visor de 4 aumentos y gran luminosidad, a fin de poder

UNA EVOLUCION FAVORABLE

Entrevista con el director técnico de Reservas Nacionales de la J. P. de ICONA de León

CUANDO se habla de especies cinegéticas, ojos y oídos se vuelcan sobre lo dicho o escrito con el ánimo de encontrar en esas palabras claridad para el futuro del animal en cuestión. Sabemos que un alto porcentaje de las esperadas respuestas pertenecen a la Administración. Los científicos son tan sólo una parte del engranaje, que pueden buscar las posibles soluciones, pero que no disponen de los medios materiales para

llevarla a la práctica.

Respecto al tema del urogallo, el director técnico de las Reservas Nacionales de Caza de la Jefatura Provincial del ICONA de León, accedió a emitir su juicio. D. Juan Ignacio Ibáñez Ulargui manifestó su opinión personal en una serie de puntos:

—Los censos demuestran que el urogallo ha tenido una evolución favorable dentro de las reservas. Esto sirve para demostrar que la ges-

tión del ICONA puede calificarse de buena, y está basada en una efectiva labor de vigilancia de su guardería.

—Los cotos privados, que cuentan con su propia guardería, y las zonas libres, por la escasez de guardas pertenecientes al ICONA, muestran una presión negativa sobre la especie.

La prohibición de cazar el urogallo hace que su precio sea muy alto en el «mercado negro», y esto es un